

Siendo yo Presidente del Colegio de San Yldefonso, conocí y traté por primera vez a Juan José Bar. El hecho merece referirse, no sólo por la originalidad del caso, si que también por la amistad perdurable que hasta el presente nos une. (1)

Un literato distinguido, hoy olvidado, reunía en su casa de la Calle de Revillagigedo una noche de Diciembre de 185... la más selecta concurrencia de letrados, poetas y periodistas pertenecientes al partido liberal. Dicha reunión tenía por principal objeto inaugurar una serie de representaciones teatrales en familia, protestando

(1) Hay que tener presente que el Sr. Barro es-  
cribió estas páginas antes de la muerte del Sr. Barro - N. del C.

así indirectamente contra las llamadas posadas, pequeñas orgías a domicilio que alentaban el fanatismo religioso de las masas. Se habían escogido, al efecto, algunas obras de autores avanzados en ideas, y en consonancia con el espíritu de los contestulios. Aquella noche se ponía en escena Terenci, la última grandiosa producción de Hugo que había logrado pasar el Atlántico. El teatro había sido improvisado en el fondo del espacioso ~~salón~~ patio de la casa: algunas macetas y decoraciones apolladas adornaban el escenario. La traducción del francés, según un crítico que tenía a mi lado, era excelente. Por fin, después de dos tandas de binuelos y copitas de jerez, el telón se levantó..... No seré yo quien censure ese esfuerzo literario (que todavía al presente, al evocarlo, me trae recuerdos felices

del tiempo viejo; pero, francamente, era mucho Hernani para aquella época. Al finalizar el primer acto, la mayor parte de la concurrencia romcaba profundamente. A fines del segundo, cuando el Rey preguntó a Hernani:

- ¿Que hora es?  
- Las doce de la noche,  
responde éste. - Entonces sí una voz tras de mí, que agregaba con festivo tono:

- Media Noche? pues vámonos a dormir con permiso de su Majestad. Y se levantó sin más ceremonia siguiendole los demás.  
; Era Juan José Bar?

Naturaleza privilegiada la de este hombre! Pequeño, de constitución sanguínea, de fisonomía expresiva y correcta, de inteligencia clara,

aunque no sin malevolencia, resuelto, audaz, confirmaba aquel famoso apotigma, de homo longus paros sapiens. Raras veces he visto vitalidad tan magna en estatura tan exigua. Malo por organismo, había nacido como la serpiente, con el suficiente veneno, no para atacar a sus enemigos, sino para defenderse de ellos. La naturaleza es pródiga en esa clase de equilibrios físicos y morales. Bar nació en un periodo revolucionario, se desarrolló en la revolución, fue viril en plena revuelta, llegó a la senectud escuchando el trueno del cañon. De alma meneguada y cuerpo enfermizo, con el bello corazón de Alcampo en el pecho, Juan José Bar se había quebrado como una bomba de cristal, deshecho como una burbuja, aniquilado como una pluma de cisne

82  
arrojada al fuego. Para andar entre  
leones como Mamón, entre pauceras  
como Maíquez, entre chacales como  
Cobos, Juan José Bar tenía por  
derecho natural que ser víbora de  
cascabel. Eterna, inmutable gravita-  
ción de la naturaleza! Recuerdo que  
en la obra Viaje alrededor del Mundo es-  
crita por el Gral. D. Ignacio Martínez  
y publicada recientemente, leyendo  
una magnífica y sobria descripción  
del Perú, noté que el autor había  
observado que los indígenas, para  
defenderse de las constantes inva-  
siones de arena del lado del Pacífico,  
les basta poner en derredor de sus  
hogares, unos carbonos que se  
extraen en aquellas mismas la-  
titudes. Junto al mal está el bien:  
las leyes que rigen al mundo físico  
son admirables! .....

x  
x x

83  
Voltaire decía cínicamente: le men-  
songe n'est un vice quand il fait du mal.  
Así procedía frecuentemente Juan José.  
Para él, la verdad, tratándose de  
enemigos, era una fórmula quimérica.  
La mentira es la buena ley cuando  
se usa como arma para combatir al  
enemigo. Cruel por temperamento, por  
instinto, por el desenvolvimiento natural  
de una facultad se gozaba en el  
tormento ajeno. Una vez la viuda  
de un coronel conservador cayó  
posturada de un ataque de parálisis.  
Con tres pequeños hijos quedó re-  
ducida a la mendicidad. El Go-  
bierno Federal había confiscado los  
bienes de la Viuda y ésta fue arro-  
jada de la casa donde vivía por  
no poder seguir pagando el in-  
quilinato. Conducida en silla de  
manos, por gente caritativa, ante el  
Sr. Bar, seguida de sus chiquillos

horros, aquel cuadro desgarrador.  
imponía y consternaba. Baz rió  
tranquilamente, miró a la parálitica  
con ojo frío y burlero, y exclamó con  
la bufonería de Freboulet:

— *Mafalda!* es Ud. la viva imagen  
de la Conserva! Que la lleven al Museo!

I se alejó disparando chistes en  
tanto que la parálitica caía al  
suelo desplomada. Cuánta fero-  
cidad palpita en los odios del por-  
tido!

+  
Pero cruel, malo, implacable,  
avaro y descreído, el Sr. Baz tenía  
la virtud de la energía, fuerza  
siempre viva de la esperanza.  
*Nihil desperandum!* Tal ha sido  
y es su tema. Todavía, en el des-  
tiero, cuando toda esperanza  
de restauración constitucional

Había fenecido, Juan José Baz  
me decía en tono profético:  
— Ya nos ve Ud. aquí quejándonos  
como Yturbe en el destierro... pues  
dentro de algunos años no habrá  
más que le distas en el poder. Con  
Ud. y sin Ud. la esperanza es  
una fuerza más poderosa que  
la electricidad.....

---